

FERNANDO BAZTÁN

LA COPA
ALEJANDRINA



ALMUZARA

© FERNANDO BAZTÁN, 2022
© EDITORIAL ALMUZARA S.L., 2022

Primera edición: marzo de 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • Colección NOVELA HISTÓRICA
Director editorial: ANTONIO CUESTA
Edición de JAVIER ORTEGA

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Imprime: ROMANYÀ VALLS
ISBN: 978-84-18578-66-3
Depósito Legal: CO-6-2022

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

A Pilar... Ella.

Índice

MONASTERIO CISTERCIENSE DEL CASTILLO DE PIEDRA VIEJA, NUÉVALOS. 1492	11
PREFECTURA DE JUDEA, JERUSALÉN DÍA 7 DE NISÁN, AÑO 27 D. C.	27
MONASTERIO CISTERCIENSE DEL CASTILLO DE PIEDRA VIEJA, NUÉVALOS	40
MONASTERIO DE SANTO DOMINGO DE SILOS, BURGOS. DOS AÑOS ANTES	49
MONASTERIO CISTERCIENSE DEL CASTILLO DE PIEDRA VIEJA, NUÉVALOS.	71
BARRIO DEL DEGOLLADERO, ADARVES DE LA JUDERÍA, TOLEDO	76
MONASTERIO CISTERCIENSE DEL CASTILLO DE PIEDRA VIEJA, NUÉVALOS	81
PALACIO DUCAL DE LA CASA DE HABSBURGO, BRUJAS, FLANDES.	111
MONASTERIO CISTERCIENSE DEL CASTILLO DE PIEDRA VIEJA, NUÉVALOS	123
MERCADO DE LA PLAZA ZOCODOVER, TOLEDO	127
MONASTERIO CISTERCIENSE DEL CASTILLO DE PIEDRA VIEJA, NUÉVALOS	141
PALACIO DE LA MOTA, MEDINA DEL CAMPO, VALLADOLID	152
MONASTERIO CISTERCIENSE DEL CASTILLO DE PIEDRA VIEJA, NUÉVALOS	159
MONASTERIO CISTERCIENSE DEL CASTILLO DE PIEDRA VIEJA, NUÉVALOS	181
MONASTERIO DE SAN JUAN DE LOS REYES, SALÓN CAPITULAR, TOLEDO.....	193
MONASTERIO CISTERCIENSE DEL CASTILLO DE PIEDRA VIEJA, NUÉVALOS	210
MONASTERIO CISTERCIENSE DEL CASTILLO DE PIEDRA VIEJA, NUÉVALOS	236
 <i>Epílogo</i>	
SEÑORÍO DE RAMÓN BERENGUER, CERROS ALEDAÑOS A NUÉVALOS. 1492.....	312

Monasterio cisterciense del castillo de Piedra Vieja, Nuévalos. 1492

Dos ojos vidriosos brillaban con el escaso rayo de luz que entraba por el ventanuco. Parecían mirar al novicio desde la inmovilidad de la muerte. Una violenta conmoción sacudió el espíritu del joven cuando entró en la celda del edificio de los huéspedes. Su estómago se encogió y sus piernas temblaron convulsamente. En el camastro yacía su maestro, el director del coro fray Panormitano, mirándole con ojos atónitos desde el umbral de la vida, como si esperase ser liberado de las cadenas que la detenían. El cadáver permanecía sumido en una mueca de estupor, con los brazos en cruz y una medalla sobre la frente que lanzaba enigmáticos brillos.

El muchacho, aterrado, golpeó su espalda contra la pared del corredor. Salió alocado del edificio, por los corredores de grava, al exterior del monasterio, chapoteando entre los charcos, mientras sentía la mordedura ácida del Diablo en sus nalgas. No le importaban las torceduras por los accidentes del terreno ni sus pies mojados y helados ni los arañazos de las zarzas. El pánico le obligaba a mirar atrás huyendo del espanto que dejaba en la celda del convento. Su carrera tropicada iba dirigida a la cascada de la Trinidad. Le parecía que los ojos vidriosos y sin vida que le miraron desde la quietud de la muerte le seguían por los senderos surgiendo amenazadores tras los arbustos de boj o cualquier sombra.

Distinguió a su abad rezando como todos los amaneceres, arrodillado ante la majestuosa doble cascada bajo un pequeño cobertizo de madera por cuya techumbre se colaban innumerables goteras que empapaban los hábitos del rector y de los monjes mayores que le acompañaban.

Un jadeo atropellado detuvo los rezos. El novicio, con su rostro desencajado, se inclinó al oído del abad con el pecho ardiendo en entrecortados susurros mientras salpicaba su rostro de gotitas de lluvia desprendidas de su pelo.

—¡Dios mío! —exclamó el preboste persignándose, visiblemente alterado—. ¡Hermanos, vayamos al monasterio, otra desgracia se abate sobre nosotros!

Los cinco monjes mayores, miembros del Capítulo, se levantaron con la confusión dibujada en sus rostros.

—¿Qué sucede? —preguntó uno de ellos—, ¿qué prisas son estas?

—¡Corramos, hermanos! Tal vez hemos descuidado nuestra lucha contra el Maligno.

Con paso presuroso recorrieron el camino al monasterio. La lluvia pertinaz calaba sus cuerpos. Dejaron atrás los porches del claustro y entraron en el recibidor de los dormitorios de los monjes de pleno derecho. Una sorda algarabía de murmullos recorría las escaleras que conducían a las celdas. El terror de los rostros era evidente. Todos, monjes, novicios y fámulos, eran conscientes de la nueva desgracia.

—¡*Miserere mei domine abbatem!* ¡*Libera nos a malo!* —clamaban unos pidiéndole su bendición—. ¡*Nobiscum vivit bestia!* —gritaban otros con las manos sobre sus cabezas.

Los monjes mayores chistaban con furia para imponer la regla de silencio de la orden. El terror se alzaba más fuerte que la devoción.

—*Et cessabit sunt fratres* —respondió el abad echando hacia atrás su capilla tratando de infundir calma y tranquilidad a los aterrorizados monjes.

El abad llegó ante la puerta de la celda y antes de entrar llamó su atención un rincón oscuro del pasillo.

—Es la celda de fray Panormitano —susurró la sombra.

En el piso inferior fray Hilario, el monje de más edad, se desesperaba por mantener un silencio imposible. Los aterrados cuchicheos y las exclamaciones de perdón por los pecados cometidos en aquel santo lugar se dejaban oír desde la celda del muerto.

—Fray Panormitano... —susurró el abad pensando— era...

—Sí, mi señor abad... El maestro organista. No es una visión agradable —añadió el fámulo desde lo oscuro—. El Maligno... ha...

El abad miró el bulto oscuro como si en ese momento aquel monje y todos los demás le observaran al borde mismo de un precipicio que conducía sin remisión al infierno. Inspiró hondo, puso su mano sobre la falleba y empujó la puerta.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra se posaron sobre el camastro, y una arcada incontenible hizo de su estómago un capricho de la náusea.

Un cráneo tonsurado se asomó al quicio de la puerta mirando el interior con ojos de fuego. Su esclavina negra sobre el hábito blanco le confería su dignidad.

—¡Otra vez! ¡El Diablo no descansa! —susurró con acritud.

—Mi señor Cabezamesada, iniciaremos con vuestro beneplácito una pesquisa exhaustiva sobre este hecho luctuoso —respondió el abad buscando sus ojos en la oscuridad.

El abad salió del cuarto con el espanto pintado en su rostro y con voz de ultratumba dijo:

—¡Llamad de inmediato a Capítulo!

Una claridad inundaba todo el valle a pesar de que las nubes parecían desgarrar el cielo. El hermano guarda llaves, protegido en un garito junto al portón, miraba con ojos crispados de lluvia la figura que sorteaba los charcos acercándose al monasterio por el camino junto al río. Pronto llegaría al lago circular y de allí, en cuatro zancadas, estaría ante él. De lejos

parecía un peregrino, pero sus ropas no dejaban lugar a dudas de su procedencia.

«¡Vaya, otro agustino!... Demasiados “cuervos” en el palomar», pensó al ver el color negro del hábito. Justo en aquel momento la campana de la torre comenzó un toque lento y lúgubre, un gañido bitono con una nota más baja, espaciada unos segundos en apariencia interminables, clamaba la inconsistencia de la vida y el enfrentamiento con la muerte, destino inequívoco que abrumaba los espíritus. Aquel gélido y despacible día, con nubes de barrigas oscuras extremadamente bajas y una pertinaz lluvia demasiado fría y racheada, parecía acompañar el terror que, como pájaro de mal agüero, planeaba sobre el convento.

—*Benedictus domine* —dijo el recién llegado mostrando sus pelos pegados al rostro y su capilla y cofia empapadas en su totalidad.

—*Benedictus frater* —respondió el portero, mirándolo con precaución.

El guarda llaves adelantó su mano, que el peregrino tomó entre las suyas, e inclinó su cuerpo hasta ponerla sobre su frente.

—*Dominus bo biscum.*

—*Et cum spiritu tuo.*

El peregrino se irguió y miró al interior con un tic de ojos ante las ráfagas de lluvia que azotaban inmisericordes. Miró el paseo recto en medio de dos amplias praderas con una hilera de acacias a cada lado, ocultando el edificio del monasterio a su derecha. La espadaña de la torre lanzaba lamentos vibrando en el aire y asomaba levemente por encima de los árboles.

—¿Qué ha pasado, hermano? ¿Alguien ha muerto? —preguntó al monje portero.

El cancerbero le observaba en silencio arrebujiándose en su garito.

—La campana, hermano... Tocan a muerto, ¿no? —insistió—. ¿No es el toque de difuntos?

Su ceño fruncido dejó en el aire la interrogación. El agustino cargaba un petate sobre su espalda suficiente para hacer

un largo viaje, cayado, botas fuertes de cuero recosidas, pantalones recios bajo el hábito y, sobre el petate, dos mantas enrolladas y sujetas por cuerdas de esparto crudo trenzado.

Su hábito era de color negro con un cinto del mismo color recogido a un lado en la cintura, y la capilla, en forma de pico, que dejó resbalar por su espalda, contrastaba con fuerza con el blanco del portero, hábito propio de la Orden del Císter. Ante su silencio, el recién llegado añadió con un leve gesto de fastidio:

—Hermano, la lluvia jarrea y es mi intención ver a vuestro abad. Deseo pedirle asilo, un fuego para secarme y una pequeña porción de la comida de los monjes —insistió, quebrando sus ojos azul cobalto.

—Acudid a la cilla y os podréis cobijar en las celdas de peregrinos —respondió con acritud el portero con voz ronca—. El cillerero dará cuenta al abad y en las cocinas cenaréis con los fámulos.

—*Amén frater, cum Deo.*

Esperó pacientemente mientras observaba la abundancia del agua de los múltiples manantiales que corrían cantarines por todos los lados. Múltiples arroyos, cascadas y riachuelos surcaban el recinto del monasterio.

Un cartel iluminado con letras en oro en latín y griego hacía reflexionar al viajero con la siguiente leyenda:

«Cuánta agua nos ofrece Dios, para nuestra poca sed».

Fray Augusto alzó los ojos ante la frase. Si Dios seguía ofreciéndoles el agua con aquella desmesura, pronto los acogería en su seno haciendo chipichape por los caminos al cielo —pensó con sonrisa maliciosa—. La lluvia estaba cayendo en aquellos momentos como castigo bíblico y la humedad se le estaba metiendo en las junturas de las piernas.

En momentos como aquel, sus años pesaban un poco más que su voluntad. Aunque gozaba ya de casi medio siglo de vida, su cuerpo fibroso y acostumbrado a los rigores respondía con arrojo a cuantas pruebas le imponía la vida. Su pelo negro clareaba por sus sienes y miraba a casi todo el mundo desde sus

casi seis pies de altura. Su tez, morena por el sol de muchas jornadas, hacía destacar su dentadura blanca y perfecta.

Pasó bajo la puerta de una torre almenada. Posiblemente aquel recinto en otros tiempos fuera un castillo.

Entró directo a las cocinas a través del corredor del claustro guiándose por el olor a cocido que emanaba de una sala y, sin mediar palabra, arrojó su petate a un lado, sentándose en el poyo lateral del hogar. Novicios, cocineros y hermanos se volvieron hacia él estableciendo un mudo cruce de miradas y rostros serios.

Con parsimonia comenzó a despojarse del sobretodo que llevaba en su espalda y de la cofia con la que cubría su cráneo. Sacudió las prendas al tiempo que acercaba sus manos hacia el fuego.

Un monje viejo de barba blanca y con un delantal que en algún momento fue blanco hizo una seña a un familiar y este se apresuró a acercarse al recién llegado con un caldero humeante y una zanjadora de pan duro. En la oquedad que formaba vertió un gran cazo de sopa con numerosos trozos de carne. El peregrino sacó una cuchara de madera y tomó el mendrugo ahuecado; enseguida comenzó a soplar quemándose manos y boca con el calor de la sopa.

—Hace un día de mil diablos —exclamó con una resignada sonrisa.

El comentario congeló los rostros de quienes le observaban en un rictus indescifrable. Los monjes le volvieron la espalda y regresaron muy serios a sus faenas.

Comió con rapidez la sopa y la carne dando buena cuenta del pan que, ya empapado del guiso, se convertía en un succulento final. Una jicarilla de vino que dejó a su lado un novicio con cara de palo restableció sus ánimos arrojando el frío de su cuerpo.

El cillerero era un hombre de aspecto robusto y decidido. La cilla se encontraba tras un gran portón en el mismo corredor del claustro. Allí era tolerado hablar en voz baja. Era el recinto de familiares conversos y de los legos intramuros.

—Soy fray Augusto de la Piedad —se presentó al maestro,

que lo miró de arriba abajo cuando se acercó—, vengo de Burgos en misión de mi abad y debo ver a vuestro prior.

—¿Ah? ¡Otro agustino!... No será antes de nona, hermano, el prior tiene serias obligaciones que atender. Mandaré recado. Mientras, podéis sentaros junto al fuego. También hay otro monje de vuestra orden religiosa; llegó aquí hace varias semanas para ordenarse sacerdote.

—¡Caramba! ¡Un diácono! —respondió el recién llegado—. ¡Bien, procuraré verle!

Oyó la campana tocar la hora menor de nona y se dispuso a orar en el mismo lugar donde se encontraba.

Después del toque de vísperas un fámulo se acercó a él y con un movimiento imperativo de su cabeza le instó a seguirle. Caminaron con un cielo sin sol hasta el palacio del prior. La lluvia había remitido, pero no el frío.

—Querido hermano... —le recibió el abad en su despacho con una pregunta flotando en el aire.

—Augusto, mi señor, fray Augusto de la Piedad. Vengo de Burgos.

—Sí, fray Augusto... Disculpad mi falta de atención y hospitalidad, hemos sufrido un grave... accidente, y nuestros espíritus se encuentran muy afectados.

El abad mostraba la opulencia del priorato reflejada en su abdomen. No hacía honor al ascetismo de los cistercienses. Disimulaba sus mofletes sonrosados aplicándose polvos de arroz. Sus manos blandas y sudorosas se veían engastadas con un anillo que lanzaba destellos de rojo rubí. Sabía que los monjes mayores del Capítulo no apoyaban esa distinción más propia de un arzobispo que de un abad y trataba por pudor de ocultar el anillo ante extraños. Su hábito era de un blanco immaculado. La estancia también estaba ricamente amueblada. Dos grandes arañas iluminaban desde el techo de maderos al estilo revoltón. Varios cuadros enriquecían las paredes. Tras la gran mesa con patas labradas, un enorme cuadro con la imagen de un preboste presidía la estancia.

—Vengo del Real Monasterio de San Agustín en Burgos y

solo deseo parar el tiempo justo e informar a mi abad sobre un asunto que a mi rector le preocupa. He escuchado la campana fúnebre y...

—Pobres de nosotros. Ha sido una muerte inesperada y extraña —cortó abatiéndose en su sillón—. La comunidad cree que ha muerto por el Diablo. El hermano Panormitano gozaba de una salud excelente y desde que llegó a nosotros nunca enfermó. No teníamos bastante con la amenaza diabólica que se ha cernido sobre estos muros sino que además ha llegado el Santo Oficio a casa. Fray Humberto de Cabezamesada, fiscal de la Suprema, se encuentra con nosotros.

Fray Augusto dio un leve respingo.

—¿Ah? Cabezamesada... Pero ¿no estaba en el sur?

—¿Le conocéis...? Ha sido enviado por el obispo de Ávila —los ojos del abad se crisparon en una incógnita. No escapó al agustino su sospecha.

—¿Talavera? ¡El obispo Hernando de Talavera...! Vaya...

Fray Augusto calculó que algo muy importante se estaba cociendo en aquel cenobio. ¡Nada menos que el propio Talavera...!

Por un momento su mente rememoró la última vez que tuvo la desgracia de verse las caras con Cabezamesada varios años atrás. Entonces la suerte le sonrió al burlar las iras de la Inquisición. Tuvo la valentía de sostener que una compurgación fallida liberaba de facto al reo de la flagelación a un sudor. Pudo demostrarlo con una copia del manuscrito *Directorium Inquisitorum* del inquisidor aragonés Nicolau Eiméryc, este se alzó como su protector, fray Augusto había tenido el honor de servirle de consulta legal, en una postilla anexa de la que Hermenoldo desconocía. Desde entonces la vigilancia del fiscal del Santo Oficio se hizo patente en su vida. Le obligaron a recluirse en Burgos y gracias a que su protector consiguió desviar la atención de Cabezamesada sobre otros procesos más jugosos y crematísticos.

—¿Qué misión me habéis dicho que os encomendó vuestro abad? ¿De qué debéis informarle?

—En realidad no quisiera importunaros, pero mi señor abad recibió una encomienda principal sobre una muerte sucedida en este convento días atrás y me envió a mí a fin de informarle con prontitud. Al parecer, el fallecido Higinio de Sobremonte era sobrino de un príncipe de la Iglesia y debo confirmar el óbito e informar de su causa.

En esta ocasión fue el abad quien diera el respingo.

—Ciertamente..., tuvimos otro deceso no hace unas semanas, pero debéis saber e indicar a vuestro abad que solo es competencia del Capítulo los hechos que puedan suceder en nuestro...

Fray Augusto se acercó al oído del abad y dejó caer un nombre que hizo mudar el rostro del prior.

—Bien, hermano —dijo levemente aturdido—, disculpadme, solo nos faltaría indisponernos con vuestro príncipe. Sí, sucedió hace varios días. De forma igualmente misteriosa nos abandonó nuestro hermano fray Higinio. Es todo cuanto puedo deciros. Si queréis saber más, debéis convocar al Capítulo.

—Os agradezco la advertencia, mi señor —respondió sacando un billete lacrado de su hábito que mostró al preboste—, pero mi encomienda me obliga a revisar todos los aspectos que puedan resultar esclarecedores sobre la muerte de fray Higinio.

El preboste miró el documento con gesto aprensivo y concluyó:

—Bien, observad lo que queráis, pero debo advertiros que el Capítulo ha ordenado la investigación del deceso al inquisidor. No obstante trataré de ayudaros, pues todos estamos apesadumbrados. Acompañadme, hermano, y os mostraré al desgraciado.

Cuando el abad se encontró de nuevo ante la puerta de la celda del muerto, inspiró dándose ánimos y empujó la puerta.

Dentro del cuarto varios hombres observaban al cadáver. Un monje con el hábito igual al que usaba fray Augusto se volvió inclinándose ante los recién llegados.

—Este es fray Regino de los santos —dijo el abad con gesto sorprendido ante su presencia allí—, diácono que prepara sus votos para su ordenación como sacerdote, y fray Humfredo de Córdoba, fámulo del inquisidor que nos visita. Los funerarios parece que han terminado su labor.

El fámulo aludido irguió su cuerpo con cierto aire de suficiencia. El abad, sin mirar al muerto, se dirigió a los dos agustinos añadiendo con una voz atiplada:

—Queridos hermanos, quiero rogaros que no toquéis nada. Por orden del inquisidor, solo los funerarios pueden hacerlo.

El abad le miró afilando sus labios y terció:

—Disculpádme, fray Augusto, pero debo preparar las exequias del difunto. Os veré después del oficio. El hermano Humfredo se quedará con vos —dijo al tiempo que el hombre se inclinaba en señal de acatamiento, y salió.

Fray Augusto miró el camastro, unos ojos sin vida parecían mirar directamente a la puerta, vidriosos y desmesuradamente abiertos, con el terror pintado en ellos y un rictus de su boca congelado en la sorpresa. Estaba con su cuerpo crispado en el *rigor mortis* y apretaba en la mano izquierda restos de sal y en la derecha unas ramitas de ruda. Sus brazos, extendidos en cruz, y las piernas en una posición imposible.

En la pared, sobre el cabecero, había una cruz dentro de un círculo pintado con sangre, sobre el crucero cinco letras, C.S.S.M.L., y sobre su pecho una medalla lanzaba brillos siniestros.

—¡*Crux sancta sit mihi lux!*... —murmuró el agustino al verla—. Parece que el fallecido tenía un miedo atroz al Maligno —comentó intentando hacer partícipe de sus pensamientos al fámulo, que se deshacía en mil gestos de asco—. ¡La santa cruz sea mi luz! Son signos inequívocos de protección diabólica.

Con la yema de su dedo repasó las letras N,D,S,M,D grabadas en el borde de la medalla murmurando por lo bajo:

—«*Non draco sit mihi dux*». ¡El exorcismo de san Benito! «Que el dragón no sea mi guía».

—¿Exorcismo? —preguntó fray Regino.

A su espalda, sin volverse, el monje respondió:

—Hay restos de sal y ruda protectoras del mal y esta medalla de san Benito dispone una serie de frases muy útiles para exorcizar a los poseídos y conjurar al Maligno. Es muy eficaz para imprimir ánimos en espíritus débiles.

Miró bajo el camastro y tomó el calzado del muerto, oliéndolo con detenimiento. Cuando se alzó, estudió el colchón de borras. Luego revolvió las pertenencias del muerto de una especie de baúl y observó unas diminutas gotas de color rojo en el suelo. Tocó una gotita mientras la frotaba entre sus dedos. Encontró una mancha similar en la manta, como si hubiesen limpiado con ella algún instrumento, y por último unas hojitas verdes bajo la mesita de estudio llamaron su atención.

El monje sacó una tablilla de cera y con un fino punzón comenzó a escribir sobre la cera anotando todo cuanto veía.

—¿Qué me decís de la medalla, hermano? —preguntó el recién llegado, mientras fray Humfredo de Córdoba controlaba los movimientos de ambos.

—Sí, la he visto en alguna ocasión, pero no se...

—Hace casi cien años se descubrió un manuscrito con la imagen de san Benito de Nursia y leyenda *Crux Sancta Mihi Lux* en el monasterio de Mettén, en Alemania. De lo que hayáis visto, ¿os sugiere algún detalle que pueda decirnos algo de este hombre?

—No sé qué deciros, el fallecido era el director del coro. Soy diácono y llevo poco tiempo...

Fray Regino tendría casi treinta años y su pelo negro y brillante casaba con su piel, también morena por el sol. Un mentón ancho y fuerte confería sobriedad a su rostro, a pesar de su edad.

—¿Me podéis informar sobre la otra muerte, la de hace unas semanas? —dijo fray Augusto alzando los ojos.

En ese momento intervino el fámulo vigilante.

—¡Hermano Regino, haréis bien en guardar los hechos ocurridos en este monasterio a la voluntad de nuestro buen

abad! Es a él a quien corresponde hablar de eso —dijo con un mohín severo y un aleteo de su mano.

—Tenéis razón, disculpadme. Entiendo la preocupación de vuestro abad —dijo el agustino dirigiéndose a fray Humfredo—, parece una muerte muy misteriosa. Tal vez los monjes del convento tengan razón al pensar que el Demonio anda por estos parajes. No he visto ni la más mínima señal de violencia ni un rastro de sangre en la parte visible del cuerpo ni rasguño ni punción. Tal vez, si me ayudaseis a incorporarlo, podría verle la espalda —dijo al tiempo que tomaba la muñeca del muerto para voltearlo.

—¡No toquéis nada, especialmente al muerto! —respondió con cara de palo y acritud elevando el registro de su voz—. Este desgraciado pertenece a nuestro Señor. Bastante tuvo el pobre hombre si vio el rostro del Maligno. Debió sufrir de forma indecible con esa imagen ante sí.

El monje hizo un mohín de terror mientras se santiguaba.

—Querido hermano, todos tenemos misiones que cumplir, vos la de vigilar y yo la de informar a mi abad —protestó al tiempo que, con disimulo, pasaba la punta de su punzón por una de las uñas del difunto.

—¡Obedeceréis las órdenes de mi señor! —respondió irri-tado. Su expresión parecía más cómica que severa. Su rostro no denotaba facciones judías, más parecía un joven florentino por sus modales lánguidos y afectados que un fámulo acostumbrado a trabajar.

—¿Vuestro señor? ¿Acaso no es nuestro abad? Ya os he dicho...

—¡Mi señor fray Hermenoldo de Cabezamesada dictó esta orden!

Fray Augusto, con un hondo suspiro, intentó una medida desesperada sin mucho convencimiento. Se dirigió al celoso guardián del muerto y añadió:

—Tal vez un pequeño óbolo para el cepillo del santo de vuestra devoción os haría ver las cosas de dist...

El gesto fiero y el rictus de sus labios apretados hicieron

comprender a fray Augusto su equivocación. Aquel peculiar monje sería fiel a su amo no solo por obediencia. Había algo en sus modales y gestos de femeninas maneras que producía un rechazo inmediato. Conocía al inquisidor y sus métodos, solo restaba servirle ciegamente o exponerse al potro.

—En este caso deberé ver a Cabezamesada. Llevadme ante él —respondió erguido olvidándose del muerto no sin oler intensamente la punta del punzón que pasara bajo las uñas del cadáver—. ¿Queréis acompañarme, hermano agustino? No es fácil encontrar hombres estudiosos por estos conventos llenos de monjes casi analfabetos.

El fámulo alzó las cejas por la alusión, pero exclamó con un desprecio contenido:

—¡Seguidme! Os llevaré ante el príncipe.

Después de recorrer varios pasillos cuyas puertas se cerraban al acercarse, llegaron a un despacho amueblado con tapices y alfombras de rica fábrica, armarios, cancelas y arcones de maderas nobles y un armario de filigranas talladas en ellas.

Fray Augusto reconoció al instante la figura del inquisidor mientras el fámulo Augusto se acercó moviéndose con el aire resuelto de quien conoce su posición y susurraba unas palabras al hombre de enorme tonsura que coronaba su cabeza.

Sus cejas pobladas casi ocultaban unos ojos negros con un brillo que atemorizaba a quienes sostenían su mirada. Su mentón era tan afilado como la línea de sus labios y sus manos huesudas denotaban la falta de trabajos físicos. Una esclavina negra descansaba sobre sus hombros.

Fray Augusto pasó con disimulo la mano por su cabeza en un intento de acicalarse el cabello. Sabía que este era un hombre difícil, muy inteligente y erudito en derecho canónico e historia. Su biblioteca personal constaba de más de mil anti-
quísimos códices. Las luminarias lanzaban leves chisporroteos con un sonido tragicómico en medio de tanta severidad. Cuando vio el rostro del inquisidor, sintió sobre sus hombros el peso de sus casi cincuenta años.

El abad del monasterio, sentado a la izquierda del inquisidor, le dirigió una mirada de infinita desesperanza, como si estuviese preparado para lo inevitable.

—¡Se os conminó a no tocar el cadáver! —soltó con brusquedad sin levantar sus ojos del legajo de papeles—. ¿Acaso habéis olvidado las directrices de la Santa Madre Iglesia respecto a los óbitos? ¡Solo los frailes funerarios tienen dispensa para tocar el cadáver y transportarlo! ¿Sois acaso funerario?

—Mi señor Hermenoldo —respondió con humildad fray Augusto—, ruego entendáis que la misión encomendada por mi abad me impulsa a revisar con minuciosidad el cadáver y determinar el origen de su muerte. Solicito, con toda humildad, bula de pesquisa para mi investigación.

—¡Nada debéis revisar o investigar ni con bula ni sin ella! ¡Informaréis a vuestro abad que ha sido demostrado que el muerto cometió el mayor de los pecados contra Dios nuestro Señor con sus hechicerías y por tanto el Maligno se encargó de castigarle por ello!

—¿Queréis decir que debo informar a mi abad que ese pobre monje fue muerto por el Diablo?

El inquisidor le miró con un cierto asombro en sus ojos.

—¿Qué otra cosa podemos determinar? ¿Acaso vos tenéis alguna otra idea? ¡Las presencias satánicas son evidentes y descartan muerte natural! Ese desgraciado invocaba al Diablo para obtener los placeres que le arrebataron la razón, momento en que el Diablo arrebató su alma y su vida.

—Pero mi señor, ¿cómo podéis asegurar que fue así como ocurrió? ¿Tal vez estabais vos o alguno de vuestros fámulos o monjes presentes?

Cabezamesada apretó los dientes. «*¡Este hombre está loco!*», pensó mirándole detenidamente... Poco a poco un lejano recuerdo llegó a su mente... Sí, ya recordaba a ese fraile de tiempo atrás.

—¿No os resulta algo peligroso atreveros a poner en tela de juicio las investigaciones del Santo Oficio? —respondió mirándole de través con una sonrisa heladora—. ¡Vuestra osadía os

llevará a acompañar al abad de este cenobio a la pesquisa que vamos a realizar por omisión y dejación de sus funciones como director espiritual de esta comunidad religiosa!

El rostro del abad se descompuso en una mueca de disgusto.

—Líbreme Dios de oponerme a nuestra Iglesia —respondió fray Augusto con suavidad y un movimiento apaciguador—, pero me pregunto sobre la procedencia de la sangre con la que dibujaron la cruz de san Benito sobre la cabecera de la cama. Es evidente que el muerto no tiene punciones, heridas ni señales de lucha. Resulta extraño que el Demonio hiciera ese dibujo con su propia sangre, lo cual abriría un debate sobre la maligna espiritualidad del Diablo o su maléfica humanidad. Tampoco es admisible que la trajera consigo, pues como espíritu del Averno, el fuego achicharraría dicha sangre...

Fray Hermenoldo abrió los ojos y parpadeó con rapidez.

—¿Os estáis burlando de mí? —cortó.

—¡Muy lejos de mi intención, mi señor! —respondió conciliador, inclinándose repetidas veces—. Pero tal vez un examen un poco más profundo del cadáver podría determinar si ha sido o no autoría del Maligno. Si esto se demostrase serviría para poner en prevención a cuantos cenobios del Císter o de cualquier orden pudieran verse afectados por tan terrible influencia, incluso serviría para analizar anteriores muertes, no menos misteriosamente sucedidas...

—¡Nada debéis demostrar! ¡El dictamen de las causas de su muerte es irrefutable! —gritó el inquisidor dando un fuerte golpe sobre la mesa—. ¿Cómo osáis dudar de las doctrinas del Santo Oficio?

—Mi señor Hermenoldo —intervino el abad con un temblor en su voz—, acataremos con respeto vuestras disposiciones respecto a mi persona y vuestros dictámenes respecto a la presencia diabólica en nuestro cenobio. Nuestro hermano fray...

—Augusto, mi señor abad, fray Augusto de la Piedad. Os pido disculpas por la ligereza de mis pensamientos —dijo suavemente dirigiéndose al inquisidor.

—Sí, eso —apostilló el abad desencajado—, nuestro hermano, como celoso cumplidor de la encomienda de su abad, trata de arrojar luz sobre estos... sobre este caso misterioso.

Fray Augusto se mordió el labio cuando el prior iba a mencionar la anterior muerte sucedida con anterioridad. Prefirió sumarse a su docilidad con genuflexiones hacia adelante.

—Bien, querido abad, debéis iniciar el tratamiento para preparar el cadáver en su tránsito mortuorio. Como su muerte está sin certificar, lo mantendremos tres días por ver si se salva por la campana —oyó fray Augusto al salir.